

tianismo no procedía solo de su doctrina, sino también de su coordinación, es lo poco que fructificó, ya entre los Bizantinos, ya en el islamismo, que puede considerarse como una herejía cristiana. La supremacía pasó de la política a la moral, haciendo que las necesidades fijas y generales prevaleciesen sobre las particulares y variadas; en las condiciones elementales de la existencia humana, después de distinguir las que son comunes a todos los Estados de aquellas que proceden de situaciones especiales, se empeñó el poder espiritual en hacer respetar las primeras en la vida del individuo y de la sociedad.

Los Estados antiguos habían nacido de un principio único, la conquista. En la edad media las gentes, antes que formasen naciones, se reunieron alrededor de un obispo, y todos los obispos alrededor del papa; y de aquí la universalidad sin límites de espacio ni personalidad de pueblos. El hombre, pues, no pertenece ya en cuerpo y alma a su patria, ni el legislador le confunde enteramente en sus decretos, porque reconoce una ley moral superior a ellos, y constituida sobre otros principios que la positiva: de la independencia en el modo de creer y adorar resulta la libertad de conciencia. Tal distinción entre lo espiritual y lo temporal hizo que no solo las pequeñas naciones, sino todo el género humano pudiese abrazarse, sin la adopción de un medio violento; la Nueva Roma trasmite sus órdenes a todas las gentes y envía a convertir la India y la América, lo cual para la antigüedad hubiera sido un sueño gigantesco. Constituida la Iglesia sobre el mérito intelectual y moral que no puede usurpar la espada; con una elección libre, de la cual nadie está excluido con tal que sea digno, adquiere el sentimiento de su propia superioridad sobre las groseras formas militares de aquel tiempo, y obtiene su eficacia de la educación especial del clero y de la constitución de los monjes, no inclinados como el clero secular a hacerse nacionales. El celibato daba la independencia civil y la libertad de espíritu necesaria para su gran misión; ponía obstáculos a la tendencia, universal en aquellos tiempos, de hacer hereditarios los empleos y las propiedades; é impedía reconcentrar en una casta ó en algunas familias el sacerdocio, como sucedía no solo en las teocracias más antiguas, sino también, aunque en parte, entre los Griegos y Romanos. El peligro que hay en los gobiernos teocráticos de ver predominar las inspiraciones personales, desapareció por la infalibilidad de un tribunal divino. Una lengua única, al paso que facilitaba la concentración y comunicación de las ideas, alejaba el tiempo en que la crítica había de venir a destrozarse aquel edificio.

Desgraciadamente, para conservar independientes el poder espiritual en tiempos en que dominaba la fuerza, y para que el pontífice del mundo no fuese reducido a capellan del rey en cuya jurisdicción habitase, fué necesario agre-

garle un principado terreno. De aquí nació una condición excepcional para aquel pequeño país; la Italia la aprovechó para su desarrollo intelectual, pero fué impedido el de su nacionalidad política, no pudiendo los pontífices extenderse sobre toda aquella península, ni sufrir un vecino amenazador. Pero con respecto al resto del mundo, ¿quién negará la afortunada eficacia de las organizaciones de la edad media? La educación, inherente al sacerdocio, y fundamento primitivo de todas las instituciones de la Iglesia, se extendía a todas las clases, imponiendo la obligación de la instrucción religiosa. De este modo difundía sanas ideas sobre la naturaleza del hombre y sobre la historia de la humanidad; daba reglas para apreciar los actos y las opiniones; fecundaba el espíritu de discusión social; abría libre campo a la filosofía metafísica, excepto para reprimir los excesos parciales, y el debate nacido entre los dos poderes hizo que se meditase sobre las bases del sistema civil. Pero aunque todas las facultades debían tener su tendencia al amor universal, el entendimiento estaba subordinado a la moral, y de este modo se prevenían sus desórdenes. El clero tenía bajo su dominio las almas y los corazones, y con el púlpito, el confesonario y el catecismo, con un culto riquísimo de recursos morales, de acción individual y de acuerdo social, hubiera causado la mayor admiración que no hubiera llegado a ser el soberano de un mundo sin instrucción.

El espíritu de invasión que hacía siglos agitaba a los pueblos del Norte, se había transformado por la esencia misma del Catolicismo en sentimiento de propia defensa, el cual reunió en una familia política a todas las naciones cristianas; y las grandes expediciones que inspiró, fueron dirigidas a reprimir las amenazas de los Arabes, Sajones, Mogoles y Turcos.

Aunque contrario a los poderes hereditarios, la favoreció en el feudalismo; pues que simplificado el sistema militar, era necesario dar a los guerreros una educación especial, que entonces no podía ser de otro modo que doméstica; tampoco se hubiera podido dirigir el ejercicio de la autoridad territorial, sin transmitir con el territorio a la generación sucesiva los sentimientos y las costumbres peculiares del país, é interesarle en la suerte de los inferiores entre quienes crecía. Entretanto aquellos fraccionados Estados sujetaban sus guerreros al país, y oponían a los Bárbaros una barrera insuperable; de modo que no pudiendo invadir el territorio ajeno se dedicaban a cultivar el propio. Concentrada en una casta la aptitud militar, las demás pudieron aplicarse al trabajo, y así principió la gradual transformación de la vida guerrera en industrial, objeto de toda la política interior y exterior de la edad media, y carácter de la moderna.

Entonces el Cristianismo transformó al es-

clavo en villano, interpuso una autoridad entre este y su señor; y no es posible considerar las encadenadas obligaciones de la feudalidad, sin comprender que solo la Iglesia pudo formar y regularizar aquella oportuna combinación: entre el instinto de independencia y el sentimiento de sumisión hacia otro; combinación que tanto elevó la dignidad moral de la naturaleza humana; combinación limitada a pocas familias, es verdad, pero que debía servir de modelo a las demás para prepararse a la emancipación gradual.

Coronó esta obra la caballería, institución admirablemente oportuna cuando ningún poder social había prevalecido para imponer un orden interior; suplió a la insuficiencia de la protección individual, y convirtió un medio de educación militar en poderoso instrumento de sociabilidad, haciendo también que el mérito prevaleciese sobre el nacimiento.

Pero la pluralidad que no está compuesta de príncipes, ni soldados, que no roba ni asesina, quedó todavía olvidada tanto por los estadistas como por los narradores; y no es posible formar una idea de ella como no sea por inducción, y reflexionando que no hay conquistadores sin conquistados, ni tiranos sin víctimas. El vulgo sin nombre trabajaba, y bajando adquirió posesiones, y con las posesiones la libertad. De la esclavitud romana se refugió en la servidumbre feudal, en la que el hombre no pertenecía ya al hombre, sino al territorio; se organizó después en maestranzas y en Comunes; luego se elevó con auxilio del comercio hasta las franquicias políticas, prelujiendo el día en que no habrá quien no tenga pan, industria para procurárselo y fuerza para garantizárselo.

Reducidos los invasores a la vida agrícola, y completada la transformación de la esclavitud, caía el feudalismo luego que había terminado su misión; rígidos leguleyos principiaban a oponer otro derecho al derecho canónico; tejedores y mercaderes levantaban cercados para detener al caballero; la campana del Común respondía con sonido tremendo a las trompas del castillo, y el plebeyo con su fusil hería al guerrero bajo su impenetrable armadura. Todo cambia entonces; el descompuesto poder social tiende a uniformarse; se adquiere aquella independencia personal que todavía faltaba en la edad media, y los reyes que ahora llamamos tiranos, fueron los instrumentos para conquistarla, porque estaban interesados en procurarse súbditos inmediatos, a fin de disminuir los de los barones, y concentrar en sus manos el poder que estaba desparramado entre los jefes de las familias. Así hemos llegado a reconocer que sobre la libertad política están la civil y la religiosa.

Estas soberanías, fundadas no sobre las armas, sino sobre la razón, solo podían ser absolutas, merced a la inflexibilidad de las deducciones lógicas; y aprovecharon tanto a la

humanidad cuanto aprovecha al niño la tutela de su padre, templada solamente por el amor; pero así como a aquel le llega la hora de la emancipación, así también a los pueblos, y solo Dios la señala. A la sombra de la Iglesia se habían formado las naciones; pero apenas llegan a ser adultas, y los territorios están reunidos, y nace el poder social, los pueblos la desdennan. Además de la unidad de la jerarquía política se combate también por la religiosa, y de aquí nacen odios acérrimos que se prolongan en el siglo XVI, hasta que aparece el pensamiento del destino particular de la Iglesia, una dulce tolerancia, y los justos límites de lo espiritual y lo temporal, esto es, dos sociedades, una fuera de los límites del tiempo y del espacio, la otra conformándose a los tiempos, a las lenguas y a las costumbres.

Ocupada en tan importantes adquisiciones, la actividad no puede dirigirse a los adornos del entendimiento, y bastante es que la ciencia llene su misión de conservar. Pero ni aun en esto ostenta pretensiones, y nos hemos visto obligados a rebuscar los fragmentos de su historia donde menos se podía pensar. Una estrofa de un trovador descubre lo que un sabio no se atrevería a decir; la burla ó la refutación nos completan una doctrina, apenas vislumbrada en otras partes. De aquí que el estudio de aquella edad sea cansadísimo y siempre imperfecto, y cuyos hechos más visibles, pero no más principales, son aquellos que señalan el principio y el fin; la irrupción de los Germanos en el Mediodía y la invasión en América.

La misión defensiva y guerrera de la edad media ha llegado a su término, porque los Bárbaros septentrionales se han arraigado en el terreno, los meridionales ya no causan terror, y las órdenes religioso-militares bastan para aquellas empresas que en otro tiempo reclamaban los esfuerzos reunidos de toda Europa. También se ha cumplido la misión política del Catolicismo, de reducir a realidad la moral universal; pero los límites de la autoridad sacerdotal no se habían establecido todavía sobre un principio racional. Al paso que los papas tendían siempre a la concentración, las nacionalidades siempre la repugnaban, tanto más después que faltó a la actividad un objeto común. Se destruyó, pues, la grande unidad; pero el golpe vino todavía de miembros salidos del clero; tan falso es que por él se impidiese la libre actividad especulativa.

De este modo se fraccionaron las tres autoridades de la edad media, a saber, la Iglesia en el orden social, la escolástica en el intelectual, y el latín en el literario. A los tiempos trastornados por la espada y ordenados después por la fe, suceden los constituidos por el poder; el mundo pasa de los guerreros a los sacerdotes, de estos vienen a los reyes, hasta que por fin llega a los pueblos. Aquí se disminuye el esfuerzo del

narrador para olvidar sus propias costumbres: la historia pasa de los reinados de la erudición y de la fantasía á la vida actual, é interesa mas porque es mas nuestra.

Á fin de que el número de los que participen de las ventajas de la civilización sea siempre mayor, salen de la oscuridad otros países, y se ponen en comunicación con un mundo del que se creían separados. Se quiere reconstruir una sociedad universal á semejanza de la civilización; y si todavía verémos horrores, serán contra Bárbaros, y se tratará de justificarlos diciendo que estos son una raza inferior á la nuestra. Las distinciones, privilegios y deferencias que eran el fondo de las constituciones feudales, ceden á un orden social, que tiene por expresión en la familia la equidad, y en el Estado la igualdad de las leyes, de las sucesiones, de los tributos, de la propiedad, de la justicia. La superioridad de la Europa está decidida, y las otras partes del mundo se elevan entre las naciones civilizadas, á medida que se acercan á las nuestras, que vienen á buscar al traves de los mares.

El sentimiento guerrero pereció; y ya Maquiavelo notaba cómo los capitanes, omnipotentes en Roma, terribles en la edad média, disminuyeron de importancia en el siglo XV, cuando solo se luchaba interiormente entre el progreso y la resistencia, y entre el genio romano de severa y militar disciplina y el germánico de independencia personal, prevaleciendo, ya este, ya aquel, pero el último siempre mas. La razón y el sentimiento que constituyen el enigma del hombre, y engendran el amor y la ironía, la simpatía y la crítica, la demolición y la reedificación, términos correlativos inevitables, cambiaron de lugar; una civilización escéptica y experimental sucede á la dogmática; á todo se quiere aplicar el análisis y el raciocinio, regularizando los adelantos de la civilización segun el exámen y la experiencia; dando preferencia á lo que es material y sensible, se camina tras de lo útil independientemente de la idea de autoridad, y muchas veces hasta de la de honradez; las emulaciones del comercio son la incesante guerra de la paz, hasta que las naciones no olviden la creencia en que están de que su propia prosperidad depende de la decadencia de las demas. La opinión llega á ser un nuevo vínculo entre individuos y naciones, y á la vez con el Estado, con el comercio, con las creencias religiosas; y sobre ella, no sobre el sentimiento como en la edad média, se funda la moderna, dividiéndose entre una infinidad de doctrinas racionales.

Pero la educación, al contrario de la edad média, ahora se restringe á la instrucción, y se va á las escuelas á aprender doctrinas, no virtudes y conducta, no á formar el carácter. Había en la edad média mas genio y mayor naturalidad, y aplaudimos cada uno de sus destellos, como precoces frutos de un ingenio juvenil ó como los frutos espontáneos de un

árbol inculto; tampoco iban reunidos el gusto y la imaginación, la corrección y la originalidad; faltaba el sentimiento, tanto de la delicadeza moral como del bello finito; no sabían ser naturalmente elegantes y doctamente ingeniosos, ni proponerse un objeto y dirigirse á él sin desviarse. La nueva edad, rigurosa en sí misma, ejerció una crítica, severa hasta ser desdeñosa, y no perdonó una parte mala aunque se compensase con mil buenas.

Cuanto mas nos aproximamos á los tiempos modernos, mayor necesidad sentimos de representar la Europa como un todo homogéneo, como una anfictionía tal que el considerar una nación separada, impediría comprenderlas todas; porque aun cuando cada una permanezca distinta de las demas, aun cuando se halle sujeta por la conquista y por la fuerza, se rigen sin embargo por una reciproca indisolubilidad. Además, siempre hay alguna que prevalece en un siglo y arrastra en su vértice á las demas, de modo que su historia llega á ser universal. La reanuda en fin los intereses de las colonias, el impulso de otros movimientos, de combinaciones políticas, de ligas, de enemistades. Á la poesía que muere sustituye el álgebra, al entusiasmo el cálculo; lo que en la edad média se hacía por la Iglesia, ahora se hace por decretos y por intereses; á las cofradías hemos sustituido las asociaciones; á los monjes los soldados, célibes involuntarios; á las basílicas los teatros; á las lámparas de los tabernáculos los mecheros de gas; leyes severas y represivas refrenan á los hombres: mientras en la edad média el hombre obraba con independencia, y la lealtad y la virtud no se ordenaban por el gobierno, se ostentaban la nobleza y grandeza; pero despues una policía provista de esbirros, y una justicia expresada por el verdugo, dispensaron de recurrir á los frailes y á la tregua de Dios.

De aquí un nuevo derecho de gentes, que si al principio, estando fundado sobre la fe y la justicia, hablaba en nombre de la religión, reducido despues á meramente político, ya no se propone otro fin que la utilidad, ni otros límites que la capacidad. La mediación pasó de los papas á los príncipes; en vez de terribles excomuniones fulminadas contra las testas coronadas, se vieron cañones apuntados contra el pueblo; las misiones fueron sustituidas por la diplomacia, en la cual los ministros y negociadores, queriendo hacerse necesarios, no fué raro que indujeran á las guerras con sus caprichos, ó complicasen los intereses públicos con los privados y domésticos. Pero al lado del poder público se engrandecía la opinión, que llegó á ser un freno insólito y robusto.

La imprenta llega también á ser un poderosísimo instrumento, y de aquí la insistencia de los gobiernos para apoderarse de ella; de aquí el que los partidos luchando sin concordia posible y ayudándose con la pública retórica,

ensordezcan el mundo y la vida con sistemas y profecías que fatigan el pensamiento sin ilustrarlo. Los problemas que la teología había propuesto y desarrollado, se reproducen todos, pero bajo formas diversas y lenguaje cambiado. Las revoluciones se hacen mas raras, porque no son las intrigas de algunos sino la obra del pueblo. También es preciso seguir el hilo de las sociedades secretas, instrumentos eficaces de las mudanzas públicas.

De este modo maduraba nuestra edad, en la que los intereses materiales llegan á representar el principal papel, opuesto muchas veces á los deberes morales; el comercio impide mas las guerras que las inteligencias de los gabinetes; un banco llega á ser salvaguardia de la tranquilidad, y un empréstito un dique para las revoluciones. Los traficantes son, por decirlo así, los zapadores y pontoneros de la civilización. Con la industria, grande y continua aplicación de las riquezas intelectuales de la humanidad, los pueblos conocen la necesidad de la paz; la experiencia convence aun mas que los teoremas, que no se puede separar el bien de un pueblo del de los demas; y por esto en los grandes intereses del comercio no se atiende ya á los privilegios, sino, como Napoleón en la guerra, á vencer con rapidez á los enemigos. Ya no es lícito entretenerse con la literatura como el niño con el caleidoscopio, porque ella ya no es una cuestión escolástica de pedantes que sutilizan una forma, sino de pensadores y moralistas que someten los conceptos á la prueba de sus consecuencias. Antes de finalizar el siglo anterior, la pluma presumió que podía regenerar el mundo, y el arte de escribir sobre todo llegó á ser un poder superior á las acciones y hasta al mismo pensamiento. El lenguaje se transforma al paso que, desarrollándose la cultura, las palabras llegan á ser insuficientes para expresar aquellos simulacros de ideas vagas y esperanzas indeterminadas que vacilan en los espíritus; pero esto que es ménos difícil que el sentimiento de lo bello, nos hace mas justos con respecto á lo pasado, enseñándonos con una erudición sincera é ingeniosa á trasladarnos á aquellos tiempos y lugares, y á hacer revivir las sociedades extinguidas para hallar la armonía con sus producciones.

Ahora la ciencia extiende indefinidamente los límites de su potencia productora; forma alianza con la industria para aligerar las fatigas, y hace esclavos, no á nuestros semejantes, sino á los elementos. Watt y Stephenson con el vapor y los ferrocarriles mataron las industrias de poca importancia, y obligaron á la manufacturera, la comerciante y la agrícola á ponerse de acuerdo para obtener en grande y en comun la producción, las ventas y los transportes. Las máquinas trabajan en objetos de consumo universal, redundando sus ventajas en beneficio del mayor número; surge con ímpetu la latente necesidad del bienestar; todos

quieren ser productores para ser consumidores; los pobres desean enriquecerse con su trabajo; los ricos emplean en él sus capitales. Del mismo modo que los monasterios creaban nuevas ciudades en la edad média, así las crean ahora las manufacturas; las comanditas, mientras acumulan los pequeños capitales, fraccionan la propiedad asegurada; los seguros quitan su funesta potencia á la desgracia, subdividiendo entre muchos sus daños.

Uno de los hechos mas sensibles, preparado por la edad moderna, es la restricción de todos los poderes por un centro comun, no solo quitando á los privados el derecho de guerra, la jurisdicción, la inmunidad, sino hasta dirigiendo la elección de la instrucción, los actos individuales, las formas del culto, la administración de beneficencia, las últimas voluntades, los capitales del rico por medio de empréstitos públicos, y los del pobre con los de cajas de ahorros. Por esta causa se ha extendido tanto el número de los empleados, aristocracia nueva, acostumbrada á ejecutar sin racionar y á aplicar sin discutir; ligada al gobierno por gratitud y esperanza, como los demas, lo están por temor ó por amor á la tranquilidad.

Consistiendo antiguamente la importancia primaria en los terrenos, la propiedad fué circundada de exquisitas precauciones, dejando libre la industria, porque no se cuidaban de ella. Habiendo llegado esta á tanta influencia, se conoció la necesidad de caminos, canales y puertos, y de aquí la de gobiernos que la proveyesen, procurando ejecutarlos por sí mismos y que adquiriesen la preeminencia entre las industrias por medio de arsenales, ingenieros, mecánicos, capitales y el crédito del Estado, vigilando las asociaciones de particulares, necesarias para la igualdad, y que podían convertirse en un nuevo poder.

Sin embargo, hay algunos medrosos que creen que caminamos hácia la anarquía, y no conocen que una tiranía que degrada, aun cuando no atormenta, se establecería apenas la opinión desistiese de contrarrestarla; atendiendo á que entre la presente inquietud febril, las insurrecciones vengadoras van siendo cada día mas difíciles, cuando el bienestar se anhela de tal modo que se le sacrificaría hasta la fe en las mas oportunas innovaciones.

Entretanto se ha comprendido que las mejoras mas sensibles y seguras son aquellas que vienen del perfeccionamiento de las artes y de la extensión de los conocimientos humanos. El conquistador material puede llorar por el temor de que ya le queda poco espacio donde dilatarse; pero en los descubrimientos del espíritu, van tan encadenadas las verdades, que cuanto mas avanzamos mas se dilata el horizonte. Así puede efectuarse el pensamiento cristiano de la fraternidad universal; el pobre puede retribuir al rico que le ofrezca protección, sin que le cueste su propia sangre, y el que posee muchos instrumentos de trabajo

esto es, capitales, puede enriquecer sin oprimir al que depende de él, facilitándole de este modo una condicion mejor.

Como tránsito entre las generaciones que caen y las nacientes, subsisten todavía ficciones legales; todavía sobre estas se fundan las constituciones; leyes hechas para otros tiempos y otras necesidades, rigen un mundo donde toda novedad engendra revoluciones; las aduanas custodian barreras que los trenes de vapor desmoronan; la organizacion de la propiedad conserva el sello del feudalismo; el sistema hipotecario es lo que antes de la creacion de los bancos; las antipatías, las exclusiones y los monopolios no han cedido aun á las máquinas y á los grandes medios de comunicacion, y todavía conservamos la naturaleza de una sociedad, la cual nada pedia á los que poseían mucho, y todo á los que nada.

Estamos en la edad media de la industria; los capitales se concentran en manos de pocos, que corresponden á los feudatarios de otro tiempo, como á la conquista corresponde el agiotaje; los privilegios no están sancionados por el derecho sino arraigados por el hecho; la economía pública, que entonces solo trataba de las propiedades territoriales, únicamente se ha ocupado hasta aquí de ellas, de las riquezas y capitales, esto es, de las producciones, pero no de los salarios, de la poblacion, de la miseria; sin embargo, si en tiempos pasados se equivocaban por ignorancia, ahora ilustrados por las revoluciones, tenemos la conciencia del mal, y vemos la posibilidad de lo mejor; sufriendo el pauperismo, prevemos el tiempo en que el hombre quedará libre de toda funcion servil; y así como se ha extendido el poder de la inteligencia, así se extenderá el del capital y el trabajo; la economía política llegará á ser el faro de las revoluciones ó mas bien de las evoluciones futuras, como de las pasadas lo fueron la religion y la filosofia, ó si queréis, será la filosofia misma con medios prácticos y con poderes organizadores que no poseían en otro tiempo. Este hecho está expresado históricamente por el comercio inglés, que tiene á los bancos por trono; que como un juego de bolsa se apodera de las Indias, y que á algunos especuladores ha sometido un imperio que jamas lo tuvo Roma, la dominadora del mundo.

De este modo la civilizacion de los tiempos nuevos adquiere el carácter no acostumbrado de adaptarse á todas las clases, al paso que se extiende á todas las naciones. La antigüedad no consideraba mas que dos ó tres países muy superiores á aquellos que llamaban bárbaros con un orgullo excesivo, pero no destituido de razon. Ahora á la civilizacion latina y teutónica coligadas se reúne la eslava de los Rusos; y la superioridad que pertenecía á la primera pasó luego á la segunda, ¡y quién sabe si estará destinada para los últimos! Ya no separan á los pueblos diferencias características como en otro tiempo, y la Francia católica en las

formas, cultiva el pensamiento protestante; ilustrada como los meridionales, es activa como los del Norte. La emancipacion de los Estados Unidos principió en América los experimentos de gobiernos libres, que no fructificarán solamente en aquel hemisferio, y este hecho notable con la desaparicion del monopolio de la India dejó desplegar sus libres alas al comercio: el Austria, latina en su religion, medio eslava y tudesca por su sangre, se hace conciliadora, y puede tambien con su sistema patriarcal aprovecharse de la naciente civilizacion, preparándola á recibir la libertad que ella impedia á las naciones adultas: la Rusia que tanto se une á los sistemas del Asia, y siempre va ocupando mas territorio en Europa, sobre una extension igual á la superficie visible de la luna, lleva las semillas latinas entre los errantes é indómitos Asiáticos, y suaviza á los Caucasianos con aquel knut que rechaza la desmembrada Polonia. Navarino y Grecia han probado que la horda musulmana debe sucumbir inevitablemente á la reaccion cristiana; y la estirpe árabe y turca tal vez están próximas á entrar en el gran Comun europeo (1).

Queda que asimilar el extremo de Oriente por la intervencion de los Asiáticos septentrionales y los Americanos; y ya estos y los Rusos y los Ingleses introducen al traves de su celosa muralla, no tanto los ejércitos como las ideas. Entonces podríamos prometernos la asociacion de todos los hombres en una misma civilizacion, unos mismos intereses y una misma religion, mezclando las cualidades de las razas diferentes, y haciendo comunes los conocimientos y las fatigas para sacar el mejor fruto posible de cada parte del globo.

No se podrán valuar con verdad las ideas y los hechos modernos, sino despues de deducidas todas sus consecuencias: en la rica alianza de los pueblos reunidos visiblemente en su variedad espléndida, la historia puede ser universal, esto es, tratar las correlaciones entre los distintos fenómenos, mientras que ahora abraza cuando mas la Europa y los países que se le reúnen, dejando los otros como extraños á su marcha. ¿Qué sabemos hasta ahora de Asia? ¿fué mas poblada en otro tiempo? ¿qué porcion de sus habitantes exterminaron los Mogoles? ¿cuántos perecieron en la primera furia y el sucesivo despotismo de los Turcos en los países occidentales? Así como los antiguos Filisteos, Fenicios, Caldeos, Lidios, Bactrianos, Medos y Sogdianos pasaron sin transmitirnos una sola palabra de su existencia, así mas de cuarenta naciones fueron aniquiladas por los Mogoles, otras en nuestros dias como los habitantes del Dom en la cadena del Himalaya, los Miao-tse en la China Meridional, los Tatas en la Septentrional, los Samoyedos en la

(1) Desde que se escribió esto, las armas han abierto la China y el Japon, y las esperanzas de una reforma árabe o turca no vendrán á parar mas que en una de las cien mentiras diplomáticas. (Nota de 1862.)

montaña del Sayansk, otros en el Cáucaso, y la Europa tampoco lo ha notado.

¿Qué diré de América? Ayer todavía era llamada Nuevo Mundo, y cada dia nos presenta pruebas de su antigüedad; y aun despues que con el desembarco de los Europeos se le abrió una era novísima, poblaciones enteras desaparecieron, no quedándonos otra cosa de ellas que algunas palabras recogidas de la boca de los papagayos que sobrevivieron á los que los instruyeron. Además, no pudiéndose asegurar el progreso sino donde se encuentra una serie continuada de sucesos, solo puede seguirse el hilo de la historia en los pocos pueblos privilegiados.

Cuanto mas progresa la ciencia, mayores hechos se presentan para convencer de impotencia los sistemas que trazan á la humanidad una marcha, cuando mas deducida de las analogías de lo pasado, y que puede ser desmentida por las divergentes vicisitudes de millones de mortales. Pero ¿qué tiempos deben inspirar mas confianza en los progresos que los nuestros? Carlos V y Napoleon se burlaron del vapor, y la libertad americana creyó en él: este último ofreció premios en vano para conseguir una máquina que hilase el lino y hacer el azúcar indígena; y hoy aquella es comun, y en cuanto á esta, se han visto obligados á restringir su produccion. Ahora vemos al calórico servir para los trasportes, á la luz pintar, á la electricidad esculpir, alumbrar y transmitir comunicaciones; y la luz, el calórico, y el fluido eléctrico van reduciéndose á un solo agente, así como la filosofia está próxima á encontrar un vínculo entre la razon, la inteligencia y la sensibilidad, para identificar la metafísica, la lógica, la moral, y demostrar que una misma causa nos hace pensar, raciocinar, amar.

La fe en el progreso no es sin embargo impaciente, máxime ahora que se hace general; pensemos, juzguemos, distingamos lo que es dado conseguir al hombre con lentos esfuerzos, con pacíficas transiciones y con la cultura intelectual y moral, de lo que con respeto y humildad debe esperar de la voluntad suprema: confiando en los triunfos del porvenir, consolémonos de las pequeñas miserias del presente, las cuales no debemos disimular como aduladores, ni exagerar como misántropos. Ninguna simpatía y poca admiracion nos liga á lo pasado, ni llamamos progreso el desejar una ú otra época, ya sea la majestuosa esclavitud romana, ya la organizacion católica de la edad media, ya la tempestuosa libertad de los Comunes ó la deslumbradora monarquía de Luis XIV, ó la fecunda confusion del siglo XVIII. Seamos mejores que nuestros padres, y nuestros hijos evitarán las culpas ó ridiculeces que nosotros reconocemos: tenemos tanto bien que podemos enorgullecernos; pero tanto mal que no podemos disimularlo sin peligro. Tambien nos disgusta la

aristocracia de los banqueros y de los empresarios, feudatarios modernos de la industria, que han sustituido la servidumbre del telar á la de la tierra. Nos disgusta igualmente esta sociedad mas bien sistemática que moral, en la que nos creemos honrados porque estamos civilizados, sabios porque somos hábiles, virtuosos porque estamos organizados, y en la que la tranquilidad del mundo está confiada á la política, y la moral reducida al código civil; sociedad en que la clase elegida solo busca el descanso y oculta la inercia con *nada de exceso*, de modo que cómoda, ataviada y en conversaciones frecuentes, pasa su vida en la ociosidad de un cauto egoísmo; sociedad en que se habla de combatir, no por la patria, sino por defender las tiendas, y se mantiene la paz porque el Judío se niega á prestar dinero, ó se intima la guerra para obligar á un pueblo á embriagarse de opio ó de aguardiente; donde se habla de restaurar la religion, pero aceptándola en conjunto como una cosa hermosa y buena, sin atender á sus dogmas ni á sus prácticas; donde se tiembla de fantasmas inanimados, y no se pone remedio á peligros inminentes y reales; donde la experiencia fecundada por las meditaciones no ha enseñado todavía cómo combinar la garantía de los que obedecen con el vigor de los que mandan; donde la aridez de la duda y lo vano de la incredulidad sofocan el entusiasmo; de modo que por repentinos sucesos que parecen subvertir los fundamentos de la sociedad, se introduce en ella una debilidad disimulada y cubierta con el velo del heroísmo; pero no se busca qué hacer, sino pretextos para no hacer, y cuando se quiere reorganizar una sociedad desordenada, no se sabe llevarlo á cabo de otro modo que reproduciendo los sistemas, los errores y los males contra los cuales se habia insurreccionado.

Pero las necesidades desagradables nos afligen, no nos envilecen; y confesando los males actuales, no reconocemos sin embargo en lo pasado todo aquello que pretenden sus admiradores, unidad, constancia, fe, armonía entre las creencias y las acciones, dignidad de costumbres, energía en los sacrificios, elevacion en los caracteres. Hoy las poblaciones sienten su propio malestar, porque comprenden las ventajas que no tienen y el derecho de adquirirlas, y que en cuanto al bien de los pueblos nada se ha hecho mientras quede algo por hacer. En la masa de la sociedad, contenida por la leyes y dirigida por el interes, cada uno quiere asegurarse una posicion ó mejorarla; se concede estimacion al saber, pero porque es útil: el carácter se reduce á cierta medida que no llega al heroísmo, pero que lo separa de la depravacion. La legitimidad de los reyes no se respeta, como no se halle en reciprocidad con la de los pueblos; las dinastías son veneradas y fuertes mientras representan las naciones que gobiernan; los derechos obtenidos no